

# Opinión

## Escrito en el agua

### El futuro económico alemán y europeo sigue atrapado en la amenaza rusa

Por **José Antonio Vega**. La guerra de Ucrania entra en su tercer año, la recesión acecha y se impone la necesidad de un descomunal gasto en defensa

Periodista

Alemania atraviesa una profunda apatía económica que la lleva al borde de la depresión, y Europa, si la esquivo, será por unas tristes décimas. La mutación de las políticas económicas para corregir los supuestos desvarios de la globalización, primero, y la metamorfosis geopolítica desde la invasión de Ucrania que exigirá grandes inversiones en defensa, después, han envuelto a Alemania y a Europa en una encrucijada de complicada resolución para mantener sus niveles de prosperidad e influencia en el mundo.

La germánica es la primera economía de Europa, con un peso del 25% en la Unión Monetaria, y la salud de su motor, como líder que es, condiciona el buen funcionamiento de todo el continente. Su contribución a las decisiones políticas de la Unión ha sido siempre determinante; pero ahora está tan atrapada estratégicamente como lo está en términos geográficos en esta especie de nueva guerra fría o paz caliente desatada en los últimos años. Atrapada por el revisionismo de la globalización instigado por EE UU y China y colectivos sociales poderosos en Europa, y atrapada por la amenaza rusa que arrancó con la anexión de Crimea y continuó con la invasión de Ucrania.

Atrapada hasta el punto de que tiene que revisar intensamente su modelo económico, al igual que Europa tiene que revisar con no menos vehemencia su modelo de defensa. No se trata de llegar al extremo de una economía prebélica, pero sí de gastar en la seguridad del continente, lo que hasta ahora se ha delegado en el esfuerzo americano, y que sin delicadeza alguna recuerda siempre que puede el único presidente de EE UU que podría ser reelegido este año.

Si hubo un tiempo no muy lejano, pongamos que hace un centenar de años, que ser vecino de Alemania era sinónimo de riesgo, hoy, como hace también un centenar largo de años, es arriesgado ser vecino de Rusia. Y Alemania y Rusia son vecinos, aunque no compartan ni un kilómetro de frontera. Históricamente, las decisiones de uno implican y complican al otro.

Conviene recordar que Alemania es un actor decisivo en el golpe de Estado de los bolcheviques en octubre de 1917. La Ale-



Un soldado ucraniano observa las posiciones enemigas desde una trinchera. GETTY IMAGES

mania entonces en conflicto con medio mundo precisaba una expansión hacia el este por motivos de extracción económica para sostener la guerra, así como la pacificación del frente ruso para liberar recursos contra Francia, Inglaterra y EE UU.

Como relata en detalle el ensayista austriaco Stefan Zweig, Alemania envió el 9 de abril de 1917 desde la estación de Zürich (Suiza) un tren blindado hasta San Petersburgo (entonces Petrogrado) en el que viajaban una treintena de revolucionarios rusos exiliados, entre ellos Lenin y Stalin, con la aviesa intención (convenientemente negociada antes, según la mayoría de los historiadores) de que tomaran el poder por las bravas y firmasen un armisticio que liberase el frente oriental alemán. Aquello dio sus frutos en el golpe del 25 de octubre de 1917 (toma del Palacio de Invierno) y la firma del Tratado de Brest-Litovsk en marzo de 1918.

Rusia perdió allí el 26% de la población, el 37% del territorio cultivable de alta fertilidad, el 28% de su industria, el 26% de las líneas de ferrocarril y tres cuartas partes

de sus reservas de hierro y carbón (*La Revolución Rusa*, Richard Pipes; Penguin Random House, 2016). Pero la historia sigue girando y no tiene fin, y en la Segunda Guerra lo recuperó con creces vía militar, y tras el repliegue obligado por el hundimiento de la Unión Soviética en 1991, la política imperialista nostálgica del Kremlin ha vuelto ahora a las andadas.

Tras invadir Crimea en 2014, ha llegado la ocupación de una buena parte de Ucrania en 2022, y la alerta en los vecinos del gigante euroasiático está en grado incandescente por las abiertas amenazas del autócrata Putin. Cada vez más europeos creen que Ucrania no puede ganar el conflicto, y cada vez más se promueve desde las esferas de decisión geopolítica una paz a cambio del territorio ocupado. Como en Brest-Litovsk en 1918, pero al revés. Una humillación para Ucrania... y una seria advertencia para Europa y su proyecto de futuro.

Toda Europa tiene su economía en el disparadero, y dentro de la eurozona con especial intensidad el motor de mayor

cilindrada, Alemania. Desde la caída del Muro de Berlín la economía germana disfrutaba de la dependencia energética de Rusia a precios razonables, además de la vastedad del comercio con China y de la protección garantizada por una institución militar que soportaba EE UU. Pero volvamos al principio: el revisionismo de la globalización ha generado proteccionismo y la soberanía comercial que Alemania tenía se ha reducido drásticamente.

Norteamérica prima la producción en su país e incentiva con desmesura la reparaición de la inversión productiva (a resultas de ello, Alemania ha visto evaporarse el proyecto de Tesla de fabricar baterías en Berlín, y ha doblado la subvención a Intel para retener una factoría de chips en Magdeburgo); China, con calculada amistad con Rusia, reduce el espacio a las exportaciones germanas y europeas; y Rusia, con calculada amistad con China, corta y encarece la energía fósil que antes ofrecía barata y en abundancia, además de dosificar las materias primas claves para la alta tecnología.

Alemania, que había apostado todo por cerrar sus nucleares y activar la energía renovable, vive desde hace dos años la zozobra económica de la recesión, e impone un crecimiento lánguido al resto del continente. Europa se encuentra con autolimitaciones financieras y la necesidad de reforzar sus inversiones en seguridad por los riesgos del expansionismo ruso y el aislacionismo americano en defensa si repite Trump. La frase del canciller Olaf Scholz en la conferencia de seguridad de Múnich es alarmante: "Debemos abandonar la industria manufacturera y centrarnos en la producción de armamento a gran escala. La amenaza rusa es real".

Alemania, y Europa entera, están en una revisión integral de su actividad industrial, con apuestas decididas en tecnología y energía limpia. Pero en paralelo deberán atender a una defensa que absorberá muchos euros. Los socios europeos de la OTAN gastarán este año 342.000 millones de euros en ello (Alemania 77.000 millones), un 2% de su PIB. Mal asunto, porque todo ese dinero de los tanques habrá que detraerlo de otros productos más sabrosos, como la manteca.

La historia sigue girando y, pese a las luminosas apuestas de Francis Fukuyama, no tiene fin, y sí una caprichosa tendencia a repetir lo tenebroso.